

La parvada

de cuervos y una tortura china

Árbol de Naranjas

La condición de Eisen siempre lo ha obligado a permanecer sentado con la nuca apoyada en el respaldo de una silla simple, construida con madera robusta y oscura. Sin poder cambiar de posición, a Eisen le es imposible impedir que una gota de agua le golpee la frente a intervalos cortos y repetitivos.

Con su visión dirigida hacia el cielo, solo le es permitido evidenciar el paso de los días y las noches. Eisen encuentra en la ausencia de luz una extrema comodidad, puesto que al no estar el sol en lo alto, sus retinas no se queman y no ve por todos lados esas incómodas manchas de todos los colores del arcoíris.

Eisen siempre se ha preguntado sin hallar respuesta: ¿qué es lo que produce la oscuridad? Frustrado en un día cualquiera como los tantos que ha vivido desde la eternidad, zafa las amarras y estira la mano izquierda, intentando palpar, aunque sea rozar, con la yema de los dedos, ese aparente velo negro que cubre los cielos.

Su mano se sumerge en la acuosa oscuridad y siente algo pasar entre sus dedos a gran velocidad. Intenta predecir y



con un movimiento ágil lo agarra; es algo que se mueve con extrema furia y a su vez profiere horribles sonidos, que desgarran y adolorizan los oídos. Sin soportarlo más, Eisen suelta aquello que atrapó y lo deja perderse de nuevo en los cielos.

Al amanecer, Eisen ve cómo su mano está llena de heridas; los huesos se exponen en algunos de sus dedos y en su palma hay un girón de carne que permanece prendida por una delgada fibra muscular. Eisen chilla de odio y al caer la noche eleva su mano derecha con extrema violencia a los cielos, calcula la velocidad de las cosas que surcan los aires y lo atrapa después de unos tantos intentos. Baja su mano desde lo alto y, teniendo cuidado de no liberar lo que agarró (que de nuevo propina dolor y sonidos), lo golpea con la mano izquierda, con la suficiente fuerza para que esa rareza se silencie y detenga su movimiento.

Al aclarar de nuevo, Eisen eleva su mano más allá de su cabeza para ver lo que atrapó. Entre sus dedos yace un cuervo moribundo que apenas respira. Eisen, conmovido por su crimen, rompe en sollozos y un segundo después una voz que nunca había escuchado emite lo que al parecer es una orden...

Resuenan unos pasos y, cuando estos se detienen, una bala perfora el corazón de Eisen. Muerte instantánea.

—Traigan al siguiente, pero quiero que esta vez lo torturen con paciencia; la locura los hace delirar, y en ese estado es imposible arrancarles información alguna. Tiren el cadáver a la fosa y que los cuervos se encarguen del resto.

Los cuervos se tiran en picada desde los cielos para caer como cuchillos sobre la carne pálida del cadáver. Una parvada gigante se aglomera en la fosa y Eisen pasa de observar a convertirse en la siniestra y total oscuridad.